

La reflexión: un puente necesario entre el aprendizaje y el servicio

“Entonces, ¿qué aprendimos hoy?”. Las palabras resuenan en el aula y la respuesta es un silencio prolongado. De pronto, un estudiante lo rompe para leer el título escrito en la pizarra. Aunque esta escena no significa necesariamente que los estudiantes no hayan aprendido, sí indica que todavía no han tenido la oportunidad de detenerse, organizar su experiencia y transformarla en conocimiento. Entre realizar una actividad y aprender de ella existe un proceso indispensable: la reflexión.

Reflexionar no consiste únicamente en recordar lo sucedido ni en expresar agrado o desagrado por las actividades realizadas. En el ámbito educativo, implica examinar una experiencia de manera intencionada, relacionarla con conocimientos previos, reconocer dificultades, cuestionar nuestras interpretaciones y proponer nuevas formas de actuar.

Por ello, la reflexión constituye una herramienta pedagógica clave para conectar la experiencia con el aprendizaje.

Esta conexión resulta especialmente importante en el Aprendizaje y Servicio (AyS), una metodología pedagógica que articula objetivos de aprendizaje con ac-



ciones orientadas a responder a necesidades reales de la comunidad. Participar en una campaña ambiental, acompañar una población determinada o diseñar una intervención comunitaria no garantiza, por sí mismos, la construcción de aprendizajes. Para que el servicio trascienda la acción puntual, los estudiantes necesitan analizar lo que hacen, comprender por qué lo hacen y reconocer cómo esa experiencia transforma sus conocimientos,

sus decisiones y su relación con los demás.

¿Por qué necesitamos reflexionar?

Uno de los principales fundamentos de la práctica reflexiva se encuentra en el pensamiento de John Dewey. Para el filósofo estadounidense, el pensamiento reflexivo supone examinar de manera activa nuestras creencias, los fundamentos que las sostienen y las consecuencias a las que conducen (Dewey, 1933).

Desde esta perspectiva, vivir una experiencia interesante no garantiza que aprendamos de ella. Es necesario revisarla, interpretarla y establecer relaciones con conceptos que nos permitan comprenderla.



En el AyS, la reflexión hace que el servicio deje de ser una actividad aislada y se convierta en una experiencia formativa, crítica y comprometida con la realidad.

Esta idea constituye uno de los fundamentos del AyS. Cuando los estudiantes participan en una experiencia comunitaria, entran en contacto con problemas, personas y contextos nuevos. Sin embargo, la experiencia puede permanecer en el plano anecdótico si no existe un proceso que permita vincularla con los contenidos de la asignatura, la colaboración con la comunidad y las responsabilidades asumidas durante el proyecto.

Décadas después, Kolb (1984) representó el aprendizaje experiencial como un ciclo compuesto por cuatro etapas: la experiencia concreta, la observación reflexiva, la conceptualización abstracta y la experimentación activa.

Por ejemplo, imaginemos que un grupo de estudiantes realiza una campaña para reducir el uso de plástico en la escuela y en los negocios del sector. La participación en la campaña corresponde a la experiencia concreta.

Sin embargo, el aprendizaje se profundiza cuando los estudiantes analizan los resultados, identifican problemas, relacionan lo ocurrido con teorías y conceptos ambientales, incorporan las respuestas de la comunidad y elaboran un plan para mejorar una intervención posterior.

La reflexión funciona, entonces, como un puente entre la acción y la comprensión. Sin ella, una experiencia de AyS puede permanecer como un acontecimiento agradable y aislado. Con ella, puede transformarse en conocimiento transferible, aplicable a nuevas situaciones y vinculado con una comprensión más profunda del entorno. Schön (1983)



Entre realizar una actividad y aprender de ella existe un proceso indispensable: la reflexión.

amplió esta idea al distinguir entre la reflexión que ocurre durante la actividad y aquella que se realiza después. La primera aparece cuando una persona reconoce un problema mientras actúa y modifica su respuesta en ese momento. La segunda permite revisar lo sucedido con mayor distancia.

En una experiencia de AyS, ambas son necesarias. Un estudiante reflexiona durante la acción cuando modifica el producto que está elaborando al advertir que la comunidad se beneficiaría más de un formato diferente. Reflexiona después de la acción cuando analiza por qué fue necesario realizar ese cambio, qué supuestos orientaron la propuesta inicial y qué podría hacerse de manera distinta en una intervención futura. De este modo,

la reflexión evita que el servicio se convierta en una acción rígida, diseñada exclusivamente desde la perspectiva de la institución educativa.

De la pregunta superficial a la reflexión sistemática

No toda conversación sobre una experiencia produce necesariamente un aprendizaje profundo. Las preguntas habituales, como "¿Les gustó esta actividad?" o "¿Cómo se sintieron?" pueden abrir el diálogo, pero resultan insuficientes si no conducen a un proceso de análisis. Páez Sánchez y Puig Rovira (2013) distinguen entre la reflexión ocasional y la reflexión sistemática.

Para que la reflexión tenga valor pedagógico, debe estar vinculada a los objetivos de la clase, realizarse de manera regular y ofrecer oportunidades para revisar acciones, creencias y supuestos. En el AyS, esto significa que debe conectar explícitamente el servicio realizado con los aprendizajes académicos, la comprensión de la realidad social y las responsabilidades que surgen del trabajo con otras personas.



En las experiencias de aprendizaje vinculadas con la comunidad, la reflexión estructurada, regular y acompañada por el docente se asocia con una mejor valoración de la calidad del entorno de aprendizaje.

En las experiencias de aprendizaje vinculadas con la comunidad, la reflexión estructurada, regular y acompañada por el docente se asocia con una mejor valoración de la calidad del entorno de aprendizaje (Hatcher et al., 2004). Además, puede ayudar a que los estudiantes reconozcan que la comunidad no es un espacio pasivo destinado para recibir, sino un agente con conocimientos, intereses y perspectivas propias.

Por ello, no basta con solicitar un ensayo reflexivo al final de un proyecto. La reflexión debe acompañar el proceso completo. Antes de iniciar el servicio, permite reconocer expectativas, conocimientos previos y posibles prejuicios sobre la comunidad.

Durante la experiencia, ayuda a identificar dificultades, escuchar otras perspectivas y tomar decisiones. Después, facilita la formulación de conclusiones, la evaluación del impacto de las acciones y la planificación de futuras intervenciones.

Una estrategia para usar en clase

Una herramienta práctica es el modelo DEAL, desarrollado por Ash y Clayton (2009). Su nombre se forma a partir de tres acciones: describir, examinar y articular el aprendizaje.

Primero, el estudiante describe la experiencia procurando separar los hechos de sus interpretaciones. Puede responder preguntas como las siguientes: ¿qué ocurrió?, ¿quiénes participaron?, ¿qué decisiones se tomaron?, ¿cómo fue la interacción con la comunidad? Este momento ayuda a evitar que la reflexión se re-

duzca a generalizaciones o a una narración centrada únicamente en las acciones de los estudiantes.

Después, examina la experiencia a la luz de los objetivos de aprendizaje. Las preguntas pueden variar según la asignatura y el proyecto: ¿qué concepto permite explicar lo ocurrido?, ¿qué suposición fue cuestionada?, ¿qué estrategia funcionó?, ¿qué perspectivas no fueron consideradas?, ¿cómo influyeron nuestras decisiones en las personas involucradas?

Finalmente, articula el aprendizaje. El estudiante completa ideas como las siguientes: “Aprendí que...”, “Lo comprendí cuando...”, “Este aprendizaje es importante porque...” y “En una próxima ocasión...”. En un proyecto de AyS también puede añadir: “La comunidad me permitió comprender que...” o “Nuestra propuesta debería cambiar porque...”. Esta última fase transforma la reflexión en una nueva posibilidad de acción.

El modelo puede aplicarse mediante conversaciones, diarios, organizadores gráficos, grabaciones de audio, producciones artísticas o foros. No todos los estudiantes necesitan reflexionar de la misma manera. Lo importante es que la actividad les permita explicar qué aprendieron, cómo lo aprendieron, qué aportó la experiencia comunitaria y qué harán con ese conocimiento.

Reflexionar requiere tiempo, acompañamiento y preguntas cuidadosamente diseñadas. Dedicar tiempo a este proceso no interrumpe el aprendizaje, sino

que forma parte de él. En el AyS, la reflexión hace que el servicio deje de ser una actividad aislada y se convierta en una experiencia formativa, crítica y comprometida con la realidad.

Cuando abrimos un espacio para pensar la experiencia, dejamos de tratar al estudiante como receptor de respuestas y lo reconocemos como un sujeto capaz de interpretar su propio proceso de aprendizaje y su relación con la comunidad. Entonces, la pregunta “¿qué aprendimos hoy?” adquiere otro sentido. Ya no pide leer una respuesta correcta, sino construirla a partir de la experiencia.

Referencias

- Ash, S. L., & Clayton, P. H. (2009). Generating, deepening, and documenting learning: The power of critical reflection in applied learning. *Journal of Applied Learning in Higher Education*, 1(1), 25-48. https://doi.org/10.57186/jalhe_2009_v1a2p25-48
- Dewey, J. (1933). *How we think: A restatement of the relation of reflective thinking to the educative process* (Rev. ed.). D. C. Heath.
- Hatcher, J. A., Bringle, R. G., & Muthiah, R. (2004). Designing effective reflection: What matters to service-learning? *Michigan Journal of Community Service Learning*, 11(1), 38-46. <https://quod.lib.umich.edu/m/mjcs/3239521.0011.104>
- Kolb, D. A. (1984). *Experiential learning: Experience as the source of learning and development*. Prentice Hall.
- Páez Sánchez, M., & Puig Rovira, J. M. (2013). La reflexión en el aprendizaje-servicio. *Revista Internacional de Educación para la Justicia Social*, 2(2), 13-32. <https://repositorio.uam.es/handle/10486/660355>
- Schön, D. A. (1983). *The reflective practitioner: How professionals think in action*. Basic Books.